

EL TALENTO BAJO EL METAL

--Pues ya estamos en casa con nuestro cuarto niño, amor. Uno más en la familia, distinto de sus hermanos, pero posiblemente con el mismo futuro que ellos y que el resto de sus amigos. Si hubiese nacido en otro momento y lugar a lo mejor le esperaría un destino mejor, pero...--exclama la madre de Samuel esbozando una sonrisa.

Samuel es un niño senegalés nacido en un pequeño poblado africano cerca de Dakar, en el seno de una familia sin recursos económicos que subsiste gracias al mísero sueldo que su cabeza, Engolo, lleva a casa tras dieciocho horas de trabajo en una mina de titanio propiedad de la multinacional canadiense de venta de teléfonos móviles, Zercon.

Samuel es, en su entorno, uno más entre iguales. Todos los niños van al colegio, por llamarlo de alguna manera, tienen una casa idéntica y los padres trabajan en el mismo sitio, la mina de titanio. Es el único mundo que conoce y así es feliz. Iguales entre ellos, pero con insalvables desigualdades con otros niños de su edad que han tenido la suerte de nacer a miles de kilómetros, en países desarrollados.

Parece que de nuevo la desigualdad va a marcar el destino del pequeño Samuel. Su rutina es siempre la misma: acudir por la mañana a la escuela para aprender destrezas básicas, como leer o escribir. Pero algo distingue a Samuel del resto de niños, ya que por las tardes se queda en la pequeña biblioteca de la escuela hojeando revistas científicas donadas a la aldea por otros países y buceando en una herramienta nueva que han instalado en el colegio hace solo seis meses, llamada Internet.

--¿Dónde has estado toda la tarde, Samuel?-- le pregunta su madre.

--Leyendo y mirando en Internet unas cosas muy interesantes sobre la mina en la que trabaja papá. ¿Sabías que el titanio tiene un componente cancerígeno que provoca miles de muertes en el mundo?-- le responde Samuel.

--Venga, Samuel, déjate de libros y vete por agua al pozo--le replica su madre sin prestar atención al comentario de su hijo.

Cuando parecía que la vida de Samuel iba a seguir el mismo destino que la de sus hermanos mayores y su padre, trabajar en la mina por un sueldo de miseria, su enorme interés por la ciencia y un pequeño golpe de suerte hizo que su existencia girase 360 grados.

Un caluroso día de julio, cuando el pequeño contaba tan solo 11 años, un grupo de turistas alemanes visitó el poblado. No era la primera vez que ocurría puesto que el lugar era visitado por gente de alto poder económico por su exuberante naturaleza. Como siempre ocurría, los niños merodeaban a su alrededor en busca de algún tipo de regalo, todos menos Samuel. Una vez dispersada la multitud, Samuel se acercó a los turistas que no dejaban de sacar fotos a todo lo que veían.

--Buenas tardes, señores. ¿A alguno le interesaría visitar la mina de titanio donde trabajan nuestros padres?

--¡Por supuesto, chico, cómo no! ¿Nos puedes llevar? ¿Cuánto quieres cobrar?

--Nada, gracias. No lo hago por eso. Solo quiero que conozcan el lugar donde nuestros padres consiguen el dinero para que los niños de la aldea podamos comer todos los días.

Samuel llevaba años leyendo libros sobre la mina y en especial sobre el metal que de ella se extraía, el titanio. Era una visita que realizaba habitualmente con cientos de turistas que cada año llegaban a la aldea, pero esta vez iba a ser distinto.

--¿Sabían ustedes que el titanio es un elemento químico con un alto contenido cancerígeno y que si una persona se expone a él durante varias horas al día a lo largo de su vida le puede provocar la muerte? De hecho, no sé si habrán fijado, pero en nuestra aldea no existen hombres mayores de cuarenta años y todos, cuando mueren, presentan los mismos síntomas. Aún no se ha podido probar científicamente lo que digo y sería interesante que alguien lo intentase, y aunque también es posible que no interese demostrarlo, yo sí creo que el titanio es el causante de estas muertes.

--¿Quién te ha contado todo eso, chico?-- preguntó un turista alemán que desde el principio se había mostrado muy interesado por el discurso del joven y su forma tan espontánea de hablar.

--Nadie, señor, lo he leído en unos libros que tenemos en el poblado y he investigado por Internet, que es una cosa que nos han puesto en un ordenador que tenemos en clase para buscar información y, como nadie en el poblado la usa y está siempre libre, curioso en ella todas las tardes--le contestó Samuel inocentemente.

Aquellas palabras sorprendieron al turista, quien al finalizar la excursión se dirigió a casa de los padres de Samuel.

--Ustedes perdonen. Me llamo Niko Kross y soy el director de un laboratorio químico en Dortmund. Creo que su hijo es muy inteligente y me gustaría pedirles permiso para llevármelo a Alemania y pagarle los estudios para ver si estoy en lo cierto. Por supuesto, viviría conmigo y mi esposa en mi casa, todos los días hablaría con ustedes por teléfono y al menos tres veces al año vendría a visitarles.

La primera reacción de los padres de Samuel fue de desconfianza ya que no entendían cómo una persona adinerada y con tantos estudios se podía interesar por un niño de un poblado de Senegal que simplemente les había contado una historia sobre las minas de su aldea. Los padres se encontraban ante la disyuntiva de dejar marchar a su hijo con una persona a la que no conocían, o que Samuel se quedase en el poblado y acabase como el resto de los niños de la tribu. La decisión en ambos casos iba a ser dura.

--Señor Kross, quiero que nos entienda. No le conocemos de nada, queremos a nuestro hijo y no nos queremos separar de él. Ahora bien, si usted cree que el niño tiene potencial, aunque sea duro para nosotros, puede llevárselo con usted y sacarlo de este oscuro pozo. Preferimos sufrir algún tiempo a verlo morir, como el resto de los hombres de la aldea, antes de llegar a los cuarenta.

El señor Kross les prometió que, si Samuel en algún momento le manifestaba su deseo de volver con ellos, al día siguiente lo tenían de regreso y les agradeció su decisión.

Instalado en la casa del señor Kross en Alemania, Samuel fue a un colegio de prestigio y enseguida destacó por su inteligencia, lo que le llevó a finalizar el bachillerato con matrícula de honor y mención especial en la rama de Química. Durante todos estos años,

Samuel llamaba diariamente a su familia de Senegal y, como había prometido el señor Kross, tres veces al año viajaba allí para visitarlos. Les contaba durante horas y horas todo lo que estaba aprendiendo. Los padres lo notaban feliz, por lo que ellos también lo estaban, a pesar de tenerlo muy lejos de su hogar.

Samuel fue a la universidad, estudió química y se doctoró con su tesis “El titanio y sus efectos devastadores”. Trabajó como ayudante en el laboratorio del señor Kross hasta que este se jubiló, momento en el Samuel fue nombrado director. Dedicó toda su vida al estudio sobre las consecuencias del titanio sobre la salud. Dio cientos de charlas por todo el mundo y consiguió que la OMS lo incluyese dentro del listado de sustancias nocivas, consiguiendo que se prohibiese su manipulación y que las minas de titanio, que aún seguían abiertas en 2024 por todo África, se cerrasen definitivamente.

--Y el premio Nobel de Química de este 2024 recae en Don Samuel Ondongo Mutumbo por su investigación sobre el titanio y sus efectos negativos en la salud de las personas- se escuchó en la Sala de Conciertos de Estocolmo. El galardonado dedicó el premio a su familia y a quienes lo habían ayudado.

La inteligencia de Samuel, y ese pequeño golpe de fortuna que siempre hace falta, hizo que las diferencias desapareciesen, y demostró una vez más que, en similares condiciones, el que más se esfuerza, el que más estudia y el que tiene más interés puede alcanzar lo que se proponga. Pero ¿cuántos jóvenes talentos como Samuel se han quedado en el camino por culpa de la desigualdad?

Nombre: Iñigo

Apellidos: Gómez Rodríguez

Correo electrónico: iniguingomezrodriguez20@gmail.com

Categoría: Juvenil

Centro: Colegio San Vicente de Paúl Ikastetxea (Barakaldo, Bizkaia)

Teléfono: 944 37 71 03 (Teléfono del Colegio San Vicente de Paúl, Conserjería)